



PsicoResúmenes

www.psicoresumen.es

Resumen de los capítulos 3, 4 y 7 de
Fernández, A. M. (1986). El campo grupal:
notas para una genealogía.

En la web encontrarás:



Bibliografía



Evaluaciones



Resúmenes



Tutorías

Accede a:

- Clases particulares de varias materias.
- Un tutor para ayudarte a planificar tus semestres.
- Un tutor que te corrija tus trabajos de facultad.



@PsicoResúmenes



@Psico.Resúmenes



Resumen de Fernández, A. M. (1986). El campo grupal: notas para una genealogía. Buenos Aires: Nueva Visión.

Índice

Capítulo 3. La demanda por los grupos.....	3
Capítulo 4. Hacia una clínica grupal.....	8
Capítulo 7. El nudo grupal.....	11

Resumen de momentos epistémicos

Primer momento epistémicos: se descubre el plus grupal, el coordinador tiene una posición de líder, el grupo es entendido como una isla con fronteras claramente establecidas y donde se trabaja solamente sobre lo explícito, manifiesto. Se trabaja con la preocupación de la democracia, de la representación y liderazgos, de la producción, etc.

Segundo momento epistémico: las perspectivas tienen su foco puesto en la atención de la salud, el grupo sigue siendo entendido como una isla con fronteras claramente establecidas, pero se comienzan a trabajar dimensiones que no están tan a la vista, inconscientes, afectivas, las cuales requieren que quien coordina ya no sea un líder sino que sea alguien que “sabe” porque puede interpretar y dar sentido a lo que pasa, este es el coordinador oráculo.

Tercer momento epistémico: todas las características de los dos momentos epistémicos anteriores se ponen en interrogación, pensando las teorías como “caja de herramientas”. Se deja de entender el grupo como una isla con fronteras, donde hay un “afuera” y un “adentro”. El lugar del coordinador en este momento es el de puntuador interrogante.

Capítulo 3. La demanda por los grupos.

La ilusión de los orígenes: el conjunto de conocimientos cuya preocupación son los grupos humanos tiene uno de sus puntos de origen en la demanda proveniente de la práctica social empresarial en USA durante los años 20.

Las primeras intervenciones que luego darán lugar a la microsociología o estudio de los pequeños grupos, fueron las de Elton Mayo (1924), donde se “descubre” que los trabajadores constituyen espontáneamente entre sí grupos informales, con vida y organización propias y cuyo código implícito determina la actitud de los mismos hacia el trabajo. Dentro de dichos grupos se desarrollan “redes informales”, es decir, vínculos entre sus integrantes, como así también con los superiores y con los reglamentos de la empresa. Su mejor rendimiento depende más de la interrelación afectiva entre los trabajadores que de las mejoras en sus condiciones de trabajo.

Aquí comienza a vislumbrarse la noción de **un plus** que tendrá el grupo con respecto a la simple sumatoria de sus integrantes; dicho plus se evidenciará por sus efectos: mayor rendimiento.

Este tipo de experiencias puso a los grupos por primera vez en el campo de mira de investigadores sociales, empresarios y estados de los principales países centrales.

La dinámica de grupos: Kurt Lewin aportó principios de la Gestalttheorie al estudio de la personalidad y posteriormente al estudio de los grupos. La teoría de la gestalt puso en evidencia cómo en ciertas condiciones “el todo es más que la suma de las partes”.

Lewin explicará la acción individual a partir de la estructura que se establece entre el sujeto y su ambiente en un momento determinado. Tal estructura es un campo dinámico, es decir un sistema de fuerzas en equilibrio. Cuando el equilibrio se quiebra, se crea una tensión en el individuo, y su comportamiento tiene por tonalidad su restablecimiento.

En 1938 utiliza el método experimental para trabajar la noción de *campo dinámico*. A través de la construcción experimental de 3 climas sociales:

1. autoritario
2. democrático
3. laissez faire (dejar hacer, dejar pensar)

Mediante estos experimentos concluye que las reacciones, en este caso agresivas, de los sujetos, variaban según los climas grupales, dependiendo esto del estilo de coordinación. Esta experiencia da fundamento científico a la valoración del ideal democrático al demostrar que en los grupos conducidos democráticamente la tensión es menor, pues la agresividad se descarga en ellos de manera gradual en lugar de acumularse y producir apatía o estallidos, como en los otros dos grupos. Concluye que el grupo democrático, al alcanzar más fácilmente el equilibrio interno, es más constructivo en sus actividades.

A partir de allí Lewin comienza a desarrollar sus hipótesis centrales sobre los grupos:

- El grupo es un todo cuyas propiedades son diferentes a la suma de las partes.
- El grupo y su ambiente constituyen un campo social dinámico, cuyos principales elementos son los subgrupos, los miembros, los canales de comunicación, las barreras.
- Modificando un elemento se puede modificar la estructura.

El grupo es un campo de fuerza en “equilibrio casi estacionario”. Este equilibrio no es estático, sino dinámico, resultante de un juego de fuerzas antagónicas: por un lado, las fuerzas que constituyen las partes en un todo; por otro las fuerzas que tienden a desintegrar al conjunto.

De esta manera nace la **Dinámica de Grupos**.

Para Kurt Lewin, el grupo es una realidad irreducible a los individuos que la componen, más allá de las similitudes o diferencias de objetivos o temperamentos que pudieran presentar sus miembros. Es un específico sistema de interdependencia, tanto entre los miembros del grupo como entre los elementos del campo (finalidad, normas, percepción del mundo externo, división de roles, status, etc).

El funcionamiento del grupo se explica por el sistema de interdependencia propio de dicho grupo en determinado momento, sea este funcionamiento interno (subgrupos, afinidades o roles) o referido a la acción sobre la realidad exterior. En esto reside el sistema de fuerzas que lo impulsa, o sea, su dinámica.

Las relaciones descubiertas en laboratorio sobre grupos “artificiales” pasan a ser estudiadas luego en agrupamientos de la vida cotidiana: talleres, escuelas, barrios, etc., en la convicción de que el pequeño grupo permite vencer las resistencias al cambio y provoca la evolución de las estructuras del campo social.

Lewin “descubre” que tomar una decisión en grupo compromete más a la acción que una decisión individual; que es más fácil cambiar las ideas y las normas de un grupo pequeño que las de los individuos aislados y que la conformidad con el grupo es un elemento fundamental frente a la resistencia interna para el cambio.

La teoría del campo elaborada por Lewin ofreció una gran posibilidad de estudio de los grupos y dio lugar a vastísimas aplicaciones en sus discípulos; hizo posible la consolidación de las “técnicas de laboratorio social” y la “Investigación-Acción”. Los aportes de la Teoría del Campo han tenido gran influencia en ámbitos muy disímiles; puede observarse incluso, la impronta de algunos de sus postulados en autores argentinos como Pichón Riviere y Bleger. También fueron tomados, en sus inicios, por los psicoanalistas de la escuela kleiniana.

P. Sbandi (1976) plantea que la concepción lewiniana del grupo como un todo significa el abandono de la posición que coloca al individuo en primer plano. Señala, sin embargo, que si bien Lewin acentúa la interdependencia de los miembros, mantiene invisibles los presupuestos sobre los que se funda tal interdependencia; considera que serán los aportes

psicoanalíticos respecto a los procesos identificatorios, las relaciones emocionales y los procesos inconscientes los que harán posible ahondar en esta cuestión.

Criterios epistémicos de Kurt Lewin: para este autor el acontecimiento depende de la totalidad de la situación. En el campo formado por la unidad funcional de persona y ambiente, la situación es única, cambiante y caracterizada por la totalidad de las interrelaciones que se dan en un momento determinado. Por ello, en Psicología, según Lewin, se debe proceder de acuerdo al criterio de la física galileana, que obliga a tener en cuenta, ante todo, la totalidad de la situación.

La concepción estructural de Lewin no tuvo en cuenta la perspectiva histórica. En virtud de que el campo sólo da cuenta de la conducta en un momento dado, se inscribe en una psicología de los estados momentáneos. De tal manera, el dinamismo del campo estructural fue pensado por Lewin en términos estrictamente espaciales, dejando la dimensión temporal y con ella la perspectiva histórica.

Resumiendo, es a partir de Elton Mayo y Kurt Lewin y sus continuadores que se desarrolla una nueva disciplina, la Microsociología. Más allá de sus derivaciones posteriores, están allí, en germen, muchas de las ideas que aún hoy es necesario elucidar.

Para Lewin entonces un grupo es un conjunto de personas reunidas por razones experimentales o de su vida diaria, para realizar algo en común y que establecen relaciones entre sí, conformarán de esa manera una totalidad que produce mayores efectos que los mismos individuos aislados. Es decir que el grupo es irreducible a los individuos que lo componen, en tanto estos establezcan un sistema de interdependencia; en esto radica la fuerza o dinámica de un grupo.

Primer momento epistémico - el todo es más que la suma de las partes: este aporte de la Gestalt a las primeras conceptualizaciones sobre los grupos resalta la idea de totalidad, afirmando un jalón importante a favor de la búsqueda de la especificidad disciplinaria; crea las bases para que pudieran particularizarse estos conjuntos, hasta el momento diluidos entre Individuos y Sociedades.

Muchas veces, al pensar la relación partes-todo desde criterios homogeneizantes, se subordinan las particularidades, diferencias, singularidades a una totalidad homogénea, global y masificadora. Un todo pensado como un gran Único y no como las diversidades de lo Múltiple.

Algunos pensadores post-estructuralistas intentan inclinarse a considerar otras formas de relación todo-partes. En ese sentido resultan de interés para la reflexión del tema los aportes de Deleuze y Guattari. Estos autores señalan que esta cuestión ha sido tradicionalmente mal planteada tanto por el vitalismo como por el mecanicismo clásicos, en tanto el todo es considerado como totalidad derivada de partes, o como totalización dialéctica.

Es interesante la reformulación planteada por estos autores en tanto **acentúan el carácter que posee lo múltiple: irreducible a la unidad**. De tal manera piensan el todo como producido, como una parte al lado de las partes que ni las unifica ni las totaliza sino que se

aplica a ellas organizando relaciones transversales entre elementos que mantienen toda su diferencia en sus propias dimensiones.

El grupo imaginado como un todo más que la suma de las partes, constituye un primer momento epistémico en la institucionalización de saberes y prácticas grupales. De allí la importancia de su puntualización para una genealogía de lo grupal.

Análisis de la demanda: ¿cual es la situación político-económica que atraviesa la sociedad norteamericana en el momento en que Elton Mayo realiza su intervención? Es la época de la organización científica del trabajo (el taylorismo). El técnico sobresaliente en ese momento de la sociedad industrial es el ingeniero-organizador con su gran aporte tecnológico: el trabajo en cadena.

Con respecto a Lewin, también desarrollará sus trabajos en un candente momento político. La democracia entendida como libre discusión; la discusión democrática como resorte de los pequeños grupos para aliviar tensiones.

Las primeras investigaciones sobre grupos surgen entonces en respuesta a una demanda económico-política, dando lugar al “Dispositivo Grupal”. He allí una de las características del dispositivo foucaultiano: “formación que en un momento histórico determinado, ha tenido como función principal responder a una urgencia; el dispositivo tiene pues una función estratégica dominante”.

¿Cuál urgencia? Sin duda, mantener y mejorar el nivel de producción de la gran empresa, estimulando las relaciones informales entre los operarios; la futura disciplina de las Relaciones Humanas ha construido aquí uno de sus pilares fundacionales. Pero también reforzar los ideales democráticos, operar sobre el consumo, etc. Por tanto, urgencia situada históricamente, en función de imperativos económicos y políticos del sistema del que forma parte.

Interesa contrastar la demanda social en la que se inscribió la microsociología empresarial norteamericana con las condiciones de producción que hicieron posible la invención y posterior despliegue de los grupos operativos a partir de Pichon Riviere en Argentina.

Tal vez la diferencia más significativa sea que en Argentina no surge desde un requerimiento de los centros de poder institucional, ni los orienta la intención de consolidar hegemonías instituidas. Muy por el contrario, sus localizaciones iniciales, como muchos de sus desarrollos posteriores, se implantaron en los márgenes de las instituciones o en los intersticios de las hegemonías; en muchos casos fueron animados por marcadas utopías contrainstitucionales.

Esta demanda por los grupos en Argentina (décadas del 60 y 70) se produce en un cuerpo social agitado, momento de auge de las luchas populares. Gran parte de la intelectualidad de los 60 se caracterizó por estar imbuida de fuertes utopías sociales. Muchos de los profesionales del campo “psi” que implementaron estas prácticas fueron críticos de los autoritarismos institucionales: jerarquías médico-hospitalarias, autoritarismo psiquiátrico-manicomial, verticalidad en los espacios educativos, etc.

Junto con otras formas de abordajes grupales, como el psicodrama analítico, los grupos operativos fueron instrumentos claves para el trabajo en los espacios públicos.

Visibilidades e invisibilidades: el análisis de un campo disciplinario -en este caso los discursos y técnicas grupales- debe pensarse en tanto conjuntos de conocimientos que produce dicho campo. Dicho campo disciplinario crea condiciones para poder delimitar qué zonas cobrarán visibilidad e invisibilidad para sí mismo y cuales se mantendrán necesariamente invisibles o no enunciables.

En este sentido, los dispositivos grupales que se produjeron desde Mayo-Lewin, necesariamente, dada la demanda social a la que respondieron, debieron mantener en la invisibilidad los atravesamientos institucionales, políticos e ideológicos en los que, sin embargo, quedaron inscriptos tanto sus discursos de la grupalidad como sus intervenciones técnicas.

También es importante puntuar que cuando un campo teórico se rearticula, transforma en nuevas territorialidades aquellas zonas que en la demarcación anterior ni siquiera habían sido advertidas. De allí la importancia para una genealogía de lo grupal de puntualizar las zonas de visibilidad y enunciabilidad que una corriente abre, y cuáles quedan por fuera de su óptica, a la espera de futuros investigadores.

El nacimiento de lo grupal: la microsociología al instituir dispositivos grupales localizó uno de los nacimientos a lo grupal. Sin embargo, es importante destacar que antes de ella los grupos estaban ahí, pero estaban en una inmediatez tal que no se veían. Lo que hicieron los Dispositivos de los Grupos, en ese sentido, fue volver a los grupos observables, comprobables, explicables, experimentables, teorizables, es decir, enunciables.

Capítulo 4. Hacia una clínica grupal

Primeros dispositivos grupales terapéuticos: se considera que los primeros intentos de abordajes colectivos con fines terapéuticos fueron las actividades iniciadas por Pratt en 1905. El mérito de Pratt fue utilizar en forma sistemática y deliberada las emociones colectivas con una finalidad terapéutica. Su técnica se apoyaba en 2 pilares:

1. activar en forma controlada la aparición de sentimientos de emulación y solidaridad en el grupo
2. asumir, él mismo, el papel de una figura paternal idealizada

El método incentivaba un fuerte enlace emocional del enfermo con el médico, esto se ilustra claramente en el sistema de promociones que mantenía en el cual premiaba “al buen paciente”, permitiéndole sentarse cada vez más cerca de él en las reuniones.

Considerando la importancia de la idealización del médico, no es de extrañar que la estructura y función de este tipo de grupo fuera similar a la de ciertos grupos religiosos que persiguen fines parecidos.

A partir de esta primera corriente se produjo una interesante diferenciación: las terapias que actúan “por” el grupo, pero con una estructura **fraternal**.

Esta corriente, en lugar de idealizar al médico, estimula una fraternidad que busca el mayor sostén entre sus miembros, disminuyendo al máximo el liderazgo centrado en el técnico. El ejemplo más acabado de esta tendencia es la de “alcohólicos anónimos (A.A.)”

Este tipo de terapia busca, a través de su carácter “fraternista”, crear condiciones para que las personas que concurren a estas instituciones encuentren en ellas -a través de sus grupos- un espacio de soporte solidario de restitución de la dignidad personal, y/o de la identidad trastocada. Estas organizaciones proveen redes de sostén pérdidas generalmente en el espacio familiar, inhallables en el ámbito macrosocial.

A modo resumen, las primeras formas de psicoterapia colectiva tienen un tronco común, caracterizado por su “dinámica”, que consiste en la actuación **por** las emociones del grupo.

Uno de los principales recursos de la eficacia terapéutica de la primera corriente, es decir, de las terapias exhortativas de Pratt, está centrado en la sugestión; efecto, ella misma, de los vínculos libidinales de cada integrante con el médico líder.

Por otro lado, si bien no deben subestimarse los aspectos sugestivos en las terapias con estructura fraternal, tiene importancia decisiva aquí, la red entre “iguales”; en ellas el grupo y la institución en la que este actúa, disparan significaciones imaginarias donde predomina la configuración de un espacio microsocioal que opera como sostén y/o, soporte solidario, espacio reconstitutivo de la dignidad perdida y/o de la identidad trastocada.

Aplicaciones iniciales del psicoanálisis a los grupos: los aportes psicoanalíticos de orientación anglosajona en el trabajo y teorización sobre lo grupal tuvieron alta incidencia en

nuestro medio y fue pionera en la organización de dispositivos grupales con fines psicoterapéuticos.

Está corriente tuvo una importancia mucho mayor que las anteriores no solo por su gran difusión sino por las consideraciones teórico-técnicas que la animaron. Inspirada en el psicoanálisis, sus figuras pioneras más representativas son Slavson, Schilder y Klapman.

Está corriente introdujo la interpretación en la situación colectiva, aplicando al grupo el “setting” psicoanalítico; a través de estos recursos crea las condiciones para descentrar la coordinación de liderazgo y para superar el procedimiento sugestivo propio de las terapias “por” el grupo.

Pero al pasar del análisis “individual” al “colectivo”, inmediatamente se presenta un problema, ¿a quien interpretar?

Tanto Slavson como Klapman buscaron la solución a está dificultad, incluyendo como parte de su dispositivo un artificio consistente en tratar de unificar al grupo de varias maneras de modo que la interpretación dada en su seno valiera para todos -o para la mayoría- de los participantes. De está forma se intentaba “para obtener la unificación del grupo”, integrar al mismo con pacientes de similares características en cuanto a grados de enfermedad, sexo, edad, nivel socioeconómico, etc.

Con la solución encontrada en agrupar a personas con un mismo tipo de problemas; se suponía que la interpretación realizada a uno de sus integrantes debería ser válida para la mayoría de los mismos. Por esa razón se denomina a está primera aplicación del psicoanálisis a los grupos como **terapia interpretativa individual en grupo**.

Otro tipo de respuesta técnica al problema de la interpretación fue la **técnica interpretativa de grupo**: este tipo de terapia toma al grupo como fenómeno central y punto de partida de toda interpretación. Concibe al grupo como una totalidad, considerando que la conducta de cada uno de sus miembros siempre se ve influida por su participación en ese colectivo. Este tipo de enfoque considera que lo individual debe ser siempre contemplado dentro del marco colectivo donde se manifiesta.

Está orientación tuvo gran desarrollo en Argentina. Pioneros de está forma de trabajo grupal plantean que solo con un planteo que toma al grupo como una gestalt, entramos en el terreno de la microsociología. Aquí se considera el campo multipersonal como un fenómeno digno de ser estudiado por sí mismo. Es una psicoterapia “del” grupo y no del individuo “en” el grupo, o de los pacientes “por” el grupo.

Advierten, a su vez, la importancia de interpretar a los participantes en su sesión únicamente en función del aquí y ahora dado que está forma técnica permite que las respuestas provocadas integren al grupo. Agregan que la interpretación dirigida a uno solo de los pacientes produciría un cambio de clima inmediato en el grupo, los demás participantes se sentirían excluidos, se distanciarían y entrarían en rivalidad con la persona a la que se ha interpretado.

El todo no lo es todo: como se ha visto las psicoterapias de grupo psicoanalíticas suelen agruparse en 2 tendencias:

1. Psicoanálisis **en** grupo
2. Psicoanálisis **del** grupo

Más allá de las críticas que se le podrían realizar a esta forma de trabajo, sea cual sea de las 2, es importante resaltar que esta corriente abrió dispositivos grupales de número restringido con fines terapéuticos, es decir, instituyó grupos en un nuevo campo de aplicación: la clínica psicoanalítica.

Al incorporar al nuevo dispositivo las cuestiones básicas de la técnica psicoanalítica clásica abrió virtualidades que permitieron descentrar la coordinación con respecto a los liderazgos, y creó las condiciones para la lectura de los procesos inconscientes circulantes en los grupos.

Ahora bien, en el dispositivo que monta el psicoanálisis de grupos, se recicla en el campo psicoanalítico una polémica que se había desatado en la psicología académica entre totalistas y elementalistas, o como los denomina Asch, entre individualistas y mentalistas. Para los primeros el grupo era una combinación construida a partir de elementos individuales, mientras que el segundo convierte al grupo en un gran individuo, de la misma clase que los individuos humanos y con los mismos mecanismos de funcionamiento interno.

El psicoanálisis del grupo, junto con la concepción operativa de Pichon Riviere y el Psicodrama Psicoanalítico, operaron persistentemente con el reduccionismo señalado, por lo que se constituyen como fieles exponentes de la mentalidad de grupo. Son varias las figuras de este reduccionismo:

- Una de ellas es la tendencia a visualizar un grupo como una “persona” lo cual permite al coordinador “entender” lo que acontece a través de una imagen integrada, unificadora
- Otra consecuencia típica de la personificación es el tomar la parte por el todo, en estos casos se supone que “el emergente” mantiene con el grupo la misma relación de representación que la sustentada por un segmento de conducta respecto de la persona total. La lógica de este supuesto parte de la premisa de que “la conducta de un elemento es función del todo”, es decir, cualquier conducta de un miembro representa o expresa la situación que atraviesa el grupo

Segundo momento epistémico - del líder al oráculo: como vimos, la unificación de liderazgo y coordinación propia de la microsociología (corriente de Pratt) es superada por el psicoanálisis del grupo; este aporte psicoanalítico, al necesitar re-crear las condiciones técnicas de la escucha psicoanalítica incorpora en su trabajo con grupos sus condiciones de posibilidad, es decir neutralidad y abstinencia.

Sin embargo, en tanto sus lecturas de lo grupal se encontraron dentro de una teoría de la representación-expresión y sostenían una noción de todo en el que se subsumen las partes, se organizaron las condiciones para re-investir en otro lugar de hegemonía a la coordinación. De esta manera surge el coordinador-oráculo, quien si bien devuelve sistemáticamente los liderazgos al grupo, solo el sabe-comprende a través de las manifestaciones visibles el sentido oculto del acontecer grupal. Es decir, básicamente se instituye en otra forma de liderazgo: el sabe que dice un grupo cuando sus integrantes hablan.

Capítulo 7. El nudo grupal

Tercer momento epistémico - lo grupal como campo de problemáticas: en el intento de salvar el riesgo del reduccionismo, las producciones grupales se realizan a través de la imbricación caleidoscópica de sus organizadores; a partir de allí es que se orienta la indagación hacia la necesidad de abordajes transdisciplinarios para la teorización de lo grupal.

Un criterio transdisciplinario supone replantear varias cuestiones. En primer lugar, un trabajo de elucidación crítica sobre los cuerpos teóricos involucrados, que desdibuje una intención legitimante de lo que ya se sabe para poder desplegar la interrogación de hasta dónde sería posible pensar de otro modo. Implica asimismo el abandono de cuerpos nacionales hegemónicos de disciplinas “reinas” a cuyos postulados, códigos y orden de determinaciones se subordinan disciplinas satelizadas; sobre estos presupuestos se crean las condiciones para la articulación de contactos locales y no globales entre diferentes territorios disciplinarios, como así también que aquellos saberes que las disciplinas hegemónicas habían satelizado, recobren su potencialidad de articulaciones multivalentes con otros saberes afines.

De esta forma los cuerpos teóricos funcionan como “cajas de herramientas” es decir, aportan instrumentos y no sistemas conceptuales; instrumentos teóricos que incluyen en su reflexión una dimensión histórica de las situaciones que analizan; herramientas que junto a otras herramientas se produce para ser probada en el criterio de su universo, en conexiones múltiples, locales y plurales con otros quehaceres teóricos.

Junto a esta forma de utilización de las producciones teóricas como cajas de herramientas, un enfoque transdisciplinario presupone un desdisciplinar las disciplinas de objeto discreto y seguramente en el plano del actuar, cierto desdibujamiento de los perfiles de profesionalización, por lo menos en aquellos más rigidizados.

Los criterios transdisciplinarios buscan formas de articular lo uno y lo múltiple. En su propuesta de contactos locales y no globales localizan un “thema” en su singularidad problemática y este es atravesado por diferentes saberes disciplinarios; sin embargo no pretenden unificarlos en una unidad globalizante. Por lo tanto, más que una búsqueda de universales, indaga matrices generativas, problemas en relación a los cuales los atravesamientos disciplinarios puedan dar cuenta de las múltiples implicancias del tema en cuestión. Esto hace posible elucidar tanto las convergencias como las divergencias disciplinarias en relación al mismo.

Este movimiento que propone el atravesamiento de diferentes áreas de saberes, a partir de “themas” a elucidar, sostiene varias y complejas implicancias. En primer lugar, cuando cierta región de una disciplina se transversaliza con otros saberes, pone en crisis muchas de sus zonas de máxima evidencia. En segundo lugar, exige la constitución de redes de epistemología crítica abocadas a la elaboración de aquellos criterios epistémicos que en su rigurosidad hagan posible evitar cualquier tipo de patch-works teóricos. En tercer lugar, y ya

en el plano de las prácticas, vuelve necesaria otra forma de constitución de los equipos de trabajo; si no hay disciplinas “reinas” tampoco habrá profesiones hegemónicas.

En función de lo aquí esbozado es que se ha propuesto pensar los grupos, más como **campos de problemáticas** que como campos intermediarios entre lo individual y lo social o como eventuales objetos teóricos; en ese sentido es que se los enuncia como “**nudos teóricos**”, aludiendo al des-disciplinamiento disciplinario que se vuelve necesario instrumentar para su conceptualización. De tal manera, una eventual teoría de los grupos tendrá que bascular permanentemente en un doble movimiento, investigando en la especificidad de lo que en un grupo acontece y trabajando -al mismo tiempo- el entramado de tal especificidad e inscripciones más abarcativas.

En cada acontecimiento grupal operan todas las inscripciones transversalmente; obviamente, no todas se vuelven evidentes pero siempre están ahí, altamente eficaces, altamente productivas. La noción de atravesamiento se ofrece como una herramienta válida en el desdibujamiento de los grupos islas, como también para repensar lo singular y lo colectivo por fuera de la tradicional antinomia individuo-sociedad. Al pensar los grupos en el atravesamiento de sus múltiples inscripciones se crean las condiciones de posibilidad de incluirlos en campos de análisis más abarcativos. Este criterio permite trabajar el desdibujamiento del grupo-isla ya que necesariamente remite al anclaje institucional de los grupos. Al mismo tiempo, contribuye a desmarcar la antinomia individuo-sociedad en tanto implica significantes sociales operando, no como efecto de influencia sobre el individuo, sino como fundamentos del sujeto.

Un número numerable de personas (cuerpos discernibles): como es sabido la identificación en su doble dimensión constitutiva es -a la vez- base libidinal del lazo colectivo como de la fundación del sujeto. Está es la base estructural de los más diversos lazos sociales; pero los agrupamientos que aquí interesan tienen la particularidad de producirse entre un número numerable de personas.

El carácter numerable del grupo introduce peculiaridades de los procesos identificatorios, en tanto los cuerpos de los otros se hacen discernibles. La distribución circular del dispositivo opera efectos más allá de lo espacial, haciendo posible una particular organización de los intercambios entre los integrantes; todos están expuestos a la visión de los otros y pueden, a su vez, ver a todos y a cada otro.

Está característica de los procesos identificatorios de un número numerable de personas donde los cuerpos se hacen discernibles, afectados unos y otros a juegos de mirada, establece las condiciones para la organización de redes identificatorias y transferenciales. Tal peculiaridad en red hace del pequeño grupo un **nudo**. Nudo que se constituye en las alternancias de enlaces y desenlaces de subjetividades. Se propician, de tal modo, singulares anudamientos y desanudamientos que orientan al pequeño colectivo por los avatares de sus producciones, institucionalizaciones y disoluciones.

¿qué acontece cuando un número numerable de personas hace nudo? Se producen redes de procesos identificatorios y transferenciales propios y únicos de ese grupo. Puede considerarse que dicha red constituye una primera formación grupal. También, en tanto el grupo es un espacio táctico, genera efectos singulares e inéditos, despliega la producción

de sus formaciones, la generación de multiplicidades imaginadas e imaginarias, invenciones simbólicas y fantasmáticas, como así también sus niveles de materialidad. En síntesis, el grupo inventa sus formaciones, es decir inventa las formas o figuras de sus significaciones imaginarias. Estas sostienen la tensión de inventarse en su singularidad y en su atravesamiento socio-histórico-institucional. Es en este cruce donde despliega sus acontecimientos, relatos, actos, intervenciones, producciones materiales, afectaciones, etc.

La relación texto-contexto grupal: ¿cómo puede ser pensada la articulación entre todo aquello que sucede en un grupo y el acontecer social en que tales actividades se desarrollan? Tradicionalmente, esta relación suele expresarse en términos antinómicos, tales como el “adentro” y el “afuera” grupal; se propone, entonces, la interrogación de las supuestas barreras adentro-afuera grupal.

El llamado contexto es, en rigor, texto del grupo; es decir que no hay una realidad externa que produce mayores o menores efectos de influencia sobre los acontecimientos grupales, sino que tal realidad es parte del propio texto grupal, en sus diversas modalizaciones; es por ende fundante de cada grupo; más que escenografía, drama grupal.

La palabra con-texto alude a aquello que va con el texto, que lo rodea, ahora bien, ¿qué sería el texto grupal?

El uso aquí dado de texto no se circunscribe a su sentido verbal-escrito, sino que hace referencia a las formas propias que el grupo construye, desmarcando de esta forma el término texto de su connotación estrictamente lingüística y rescatando su sentido más amplio, aquel que lo refiere a su productividad. Se quiere resaltar en lo que en un grupo acontece, en las formas propias que un grupo produce.

Se afirma así que más allá de sus dimensiones expresiva y comunicativa, el texto grupal tiene un poder generador de sentidos. Implica, por tanto, un juego infinito, donde el sentido que en algún momento de lectura se le otorga, no agota su productividad. El texto mismo es un permanente generador de sentidos, que en virtud de sus atravesamientos, se inscribe en múltiples significaciones. Así, no solo lo dicho y lo no dicho, sino también los movimientos corporales, los movimientos espaciales, los silencios, pactos, etc, van conformando el complejo entramado de las configuraciones o formas de un grupo, que en un juego inagotable son, a su vez, generadores de otros múltiples sentidos. Sentidos diversos que, por otra parte, operarán particularizadamente en y desde los diferentes integrantes “abrochando” en forma singular en cada uno de ellos.

Así, la intervención interpretante, lejos de constituir una unidad cerrada, lejos de la intención de encontrar el sentido, puntúa; esto es, marca algún punto de la red de sus producciones simbólico-imaginarias; momento de una secuencia, finalización y principio plurivalente donde las unidades generadoras de sentido se hacen, se envuelven y se deshacen continuamente. La intervención interpretante puntúa algún sentido, señala un sinsentido, resalta una paradoja. En ese movimiento, no descubre sino que crea las condiciones de posibilidad para que otros sentidos puedan ser enunciados.

Si pueden pensarse los grupos en tanto espacios de enlaces y desenlaces de subjetividades, se insiste en el uso metafórico de **nudos**; de tal forma los grupos pueden ofrecerse a la indagación en tanto anudamientos-desanudamientos de subjetividades.

Así, al desdibujar el adentro-afuera, el arriba-abajo, los nudos grupales pueden ser pensados como complejos entramados de múltiples inscripciones. Nudo, múltiples hilos de diferentes colores e intensidades lo constituyen: deseantes, históricos, institucionales, económicos, sociales, ideológicos, etc. Pero en realidad, lo efectivamente registrable no son los hilos que lo constituyen sino el nudo mismo. Complejo entramado de múltiples inscripciones: todo está ahí latiendo, todas las inscripciones están presentes en cada uno de los acontecimientos grupales; lo que sí variarán son sus combinatorias en cada momento grupal como también su nivel de relevancia en tal momento; pensar la cuestión de esta manera implica, obviamente, aceptar que en un grupo se están generando muchísimas más producciones que aquellas que pueden leerse o anunciarse.

La latencia grupal: todo está ahí, latiendo. Sin embargo, no todo acontecer cobra igual grado de visibilidad, ni toma forma de enunciado; tampoco sus insistencias son registradas por todos los integrantes de la misma manera. Si el acontecimiento es producción de sentido, dependerá de las figuras que el caleidoscopio identificador-transferencial invente; de las implicaciones en que se afecte la coordinación, del momento en que se encuentre la producción de ilusiones, mitos y utopías grupales; del contrato en tanto organizador institucional explícito e implícito; de sus atravesamientos socio-históricos. Estas implicancias organizan aquel universo de significaciones que será disruptivamente atravesado por la producción de la singularidad de sentido.

El lugar del coordinador: aquello que circula en el plano discursivo, gestual, la organización de los espacios y tiempos grupales, etc, suele ser interpretado desde una particular teoría de la lectura por la cual los acontecimientos grupales serían expresión de un sentido oculto, profundo, que la interpretación debe develar y en ese acto llevarlo a la superficie.

Pero el acontecimiento no representa ni expresa; está todo ahí, en tal inmediatez que suele volverse invisible. Si se acepta que el nudo grupal está atravesado por múltiples sentidos y más de un sinsentido, siempre excederán aquellos que desde la implicación interpretante se pueden puntuar; el coordinador sólo podrá puntuar algún sentido, interrogar alguna rareza, indicar alguna insistencia y ya no será quien descubra la verdad de lo que en el grupo acontece.

Al resituar la función interpretante desde el lugar develador de verdades profundas hacia la puntuación interrogante, la otra escena no es una escena escondida; ha estado ahí todo el tiempo, late, insiste, y aun así muchas veces su presencia permanece denegada. Esto sin duda redefine un cierto lugar de “poder” del coordinador.

Como se vio anteriormente, cuando los psicoanalistas incorporan su trabajo a los grupos, el lugar del coordinador se redefine, se pasa del coordinador-líder al coordinador-oráculo.

Actualmente, otro descentramiento se vuelve posible en tanto la función interpretante se propone puntuar insistencias, interrogar rarezas, paradojas, etc. Ellos laten-insisten en los

textos grupales; el coordinador desde su implicación -y no fuera- solo registra algunos. Por ende, función interpretante realizada desde un lugar de ignorancia; lo cual requiere necesariamente la renuncia al saber de la certeza.

Tal renuncia no exime a quien se posicione como coordinador de una formación específica en los conocimientos teóricos y técnicos que lo legitimen para su función. Es necesaria una observación permanente, por parte del coordinador, de su lugar y una rigurosa formación especializada en grupos.

Múltiples sentidos y algún sinsentido que circulan entrecruzados en el acontecer grupal; la intervención interpretante al puntuar algunos de ellos intenta evitar el cierre-obturación que toda evidencia de verdad produce. De esta forma la coordinación hace posible aperturas a nuevas producciones de sentido. El coordinador no es el poseedor de una verdad oculta, sino alguien interrogador de lo obvio, provocador-disparador y no propietario de las producciones colectivas; alguien que más que ordenar el caos busca aquella posición que facilite la capacidad imaginante singular-colectiva.

La dimensión institucional de los grupos: la dimensión institucional no se agota en sus aspectos funcionales. Tiende a normativizar el tipo de enunciados que es pertinente en cada una de ellas autorizando algunos y excluyendo otros; por fuerte que sea su inercia burocrática, no es una cosa, sus límites son siempre provisionales y siempre es posible desplazarlos en los juegos instituyentes. En ese sentido una institución es una red simbólica socialmente sancionada en la que se articula junto a su componente funcional un componente imaginario.

Desde esta noción de institución, puede pensarse a los grupos desplegándose en lo imaginario institucional donde inscriben sus prácticas; lo imaginario institucional tanto puede promover como dificultar las actividades de grupo.

Por ejemplo, la distribución circular (sentarse en círculos) de los dispositivos, a pesar de ser la misma, puede variar en su significación imaginaria dependiendo del dispositivo en donde se aplique. En un aula de clase en el liceo, sentarse en círculos puede tener una significación imaginaria de "panóptico grupal" en donde todos quedan bajo una mirada de control por parte de docente, sin embargo, en el grupalismo el propósito de la organización circular del espacio se sostiene en la intención de favorecer determinado tipo de enlaces-desenlaces de las subjetividades que se supone ha de propiciarse al estar todos a la vista de todos.

Pero ¿esta figura del "panóptico grupal" será exclusiva de significaciones imaginarias de grupos inscriptos en instituciones disciplinarias o también se forma en los dispositivos clínicos?

Como hemos visto, lo imaginario institucional puede promover o incentivar la producción grupal. Por ejemplo, en el circuito profesional privado la dimensión institucional se constituye a partir del sistema de reglas que el coordinador instituye conformando un sistema simbólico. Coordinación y sistema de reglas operan como disparadores de lo imaginario y crean algunas de las condiciones necesarias para que ese grupo comience a diseñar sus propias formaciones grupales.

La inscripción institucional de los grupos constituye su impensado, lo negativo, lo invisible, su inconsciente.

Es necesario resaltar que las producciones de un grupo nunca dependerán exclusivamente de la particular combinatoria de identificaciones, transferencias, etc entre sus integrantes. Tampoco será mero reflejo o escenario donde lo imaginario institucional podrá desplegarse. En cada grupo, la combinatoria de sus diferentes inscripciones producirá un nudo propio singular irreducible.

De esta forma, se pretende inscribir lo grupal en lo institucional, sin perder lo específico de la grupalidad. Es necesario sostener tal especificidad sin hacer de los grupos islas y, al mismo tiempo, tomar como vector de análisis la dimensión institucional. Se piensa más bien en un movimiento tal, donde grupo e institución se significan y resignifican mutua y permanentemente. Porque si bien no hay grupos sin institución, ¿qué institución podrá ser aquella que no sea habitada por grupos por momentos aliados o antagónicos, en conflicto, o naciendo a su vez a redes solidarias; vacilando entre los caminos de la burocratización, repetición, invención y nacimiento de lo nuevo? En síntesis, un grupo se inscribe en un sistema institucional dado, de la misma manera que la institución solo vive en los grupos humanos que la constituyen.

Algunos impensables: volviendo al lugar del coordinador, es importante resaltar que en la figura de este no solo se transfieren imágenes familiares, sino también transferencias institucionales; así muchas veces este es vivido como el “representante” de la institución donde el grupo inscribe su práctica. Y lo que es más, estas transferencias muchas veces transfieren dimensiones actuales de conflicto social. Este criterio amplio de transferencia suele quedar en invisibilidad en la lectura de los acontecimientos grupales; cuando así sucede se produce un particular reduccionismo. Se instrumenta allí una noción de fantasma “privatizado”, es decir viciado de sus posibles afectaciones institucionales, sociales y políticas. De tal forma, se crean las condiciones para descontextuar al grupo; para que esto sea posible ha sido necesario denegar las dimensiones institucionales y socio-políticas, es decir, lo público. Pero, si el contexto es texto grupal, en realidad, haciendo eso des-textúan, es decir, vacían, exilian, desterritorializan del propio grupo la dimensión socio-institucional que late en él permanentemente.

Lo que se deniega es lo que ilusoriamente se ha puesto en un “afuera” grupal, invisibilizando problemáticas tan específicas como por ejemplo los juegos de poder dentro del grupo y/o en relación a la institución, la problemática del dinero, los conflictos surgidos en función de los niveles de apropiación de los bienes simbólicos y materiales que un grupo produce, etc. En síntesis, se exilia la política de los grupos.

La propia existencia grupal implica para subsistir reglas y obligaciones, invisibilizadas. Cuando estas se vuelven visibles a sus integrantes, se define la dimensión política del grupo, es decir, la dimensión de sentido con respecto al poder, cuyo ejercicio puede llevarse a cabo a través de diversas figuraciones y modalidades: la propiedad de los bienes -sean materiales o simbólicos-, la economía de los intercambios, la localización de las instancias normativas ideales, los valores cognoscitivos, etc. De alguna manera, cuando se invisibiliza la política de los grupos -sus propios juegos de poder- se ejerce una violencia: la apropiación de sentido, que politiza, despolitizando su lectura.